

con el general Márquez; venimos á salvar al Emperador y á Querétaro...

HANS

Pero si Quiroga dejó aquí su infantería ¿cómo ha de regresar ahora con ustedes?; y luego, ¿cómo pudieron entrar tropas suyas sin que los sitiadores las sintieran?

(Batalla entre su temor de alguna traición que se figura, y su certidumbre de haber visto encabezando el refuerzo de infantería, nada menos que al coronel López, compadre, amigo y confidente del Emperador.)

OFICIAL

Somos del batallón de Supremos Poderes del Ejército de la República, formamos parte del ejército regular; no tenga usted cuidado de ninguna especie.

HANS

¿De manera que estamos traicionados?

(Dirigiéndose al sargento Guzmán.)

Sargento. ¿No fué el coronel López quien introdujo á estas gentes hasta nuestros puestos? ¿No vendría algún republicano haciéndose pasar por el amigo y favorito del Emperador?

EL SARGENTO

No, mi subteniente; demasiado vi que quien me maltrataba era ese bandido del güero López, que Dios confunda.

HANS

Pues á quien por de pronto ha confundido su Divina Majestad ha sido á nosotros, que estamos como quien ve visiones.

OFICIAL

A la hora de ésta, la Cruz está en nuestro poder y probablemente el Emperador de ustedes se encuentra prisionero.

HANS

(En el colmo de la estupefacción.)

*Oh dura terra, per che non t'apristi?* ¿Así es que estamos vendidos, así es que el coronel López traiciona, así es que todo acabó sin remedio?

EL SARGENTO

(Con sana filosofía, en que se transparenta un fondo de resignación y hasta de gozo.)

Usted lo ha dicho, mi teniente.



## ESCENA TERCERA

MAXIMILIANO, MEJÍA, SALM-SALM, PRADILLO, BASCH, ORMAECHEA; después LÓPEZ, RINCÓN GALLARDO, CORONA, ESCOBEDO y muchos jefes republicanos é imperialistas. Maximiliano viste uniforme de general (que ha llevado durante todo el sitio), si bien el frío de la mañana le ha hecho cubrirse con un sobretodo blanco; en la cabeza lleva sombrero blanco de alas anchas y en la mano un par de pistolas. El príncipe Salm llega apresurado, abotonándose el uniforme y acomodándose el monóculo. La luz empieza á salir é ilumina apenas aquel espectáculo de confusión y de horror; todavía no suena ni un tiro; mas en el aspecto azarado de la gente imperialista, en la manera con que contemplan los republicanos á los aturridos enemigos y hasta en el cariz de la fresca mañanita de primavera se ve que algo extraordinario acontece y se aspira una atmósfera de tristeza.

SALM-SALM

(Corriendo apresurado y consolándose de súbito al ver á Maximiliano tranquilo, sano, salvo y con aspecto descuidado.)

¡Sire, estos son los últimos momentos; ya está aquí el enemigo!...

(Al salir al zaguán, donde se encuentran los soldados republicanos, éstos tratan de detener el paso al Emperador; Salm alza una de las pistolas que Maximiliano traía en la mano y el Emperador le impide que haga fuego.)

RINCÓN GALLARDO

(Dirigiéndose al soldado que cerró el paso á Su Majestad.)

Déjenlos pasar; son paisanos.

MAXIMILIANO

(Que apenas se ha dado cuenta del riesgo que ha corrido:)

Ya lo veis, nunca se pierde el bien que se hace al prójimo, por más que de veinte personas á quien se favorece apenas haya una capaz de recordar el beneficio recibido y diez y nueve sean ingratas... El oficial que acaba de dejarnos pasar, le he reconocido, tiene una hermana ó madre — he olvidado lo que sea — que estaba siempre al lado de la Emperatriz, á quien aquélla debió muchos favores. Su deudo acaba de vernos, y en vez de hacernos daño, nos ha dejado pasar sin dificultad... Siempre que se os presente, Salm, oportunidad de servir á alguien, hacedlo sin escrúpulo, que nunca será en vano... pero, calla, ya aparece la aurora, y por cierto que viene más llena de primor que jamás lo había estado; parece una querida que llega enojada á recibir al amante... El día se me figura á un niño que ríe y llora al mismo tiempo, y que duda si está despierto ó dormido... Mirad, por allí se acercan mis fieles húsares y por cierto que montan famosos caballos... Mas no, no son los que esperamos; son gentes del enemigo, que saben quizás de nuestra aproximación: esperábamos á Grouchy y llega Blücher, ¿qué os parece? Pradillo, decid al general Miramón que se me incorpore, y si de camino veis al general Mejía, traedle



también; me gustará tener á mi lado al *Negríto*... ¡Ah! y decidles que reúnan cuantas tropas les sea posible y que ocurran al cerro de las Campanas...

LÓPEZ

(Que aparece de repente en la plaza de la Independencia, montado en un brioso alazán y que se acerca á la comitiva con ademán apresurado y con evidente propósito de hablar á solas con el Emperador:)

¡Todo perdido, Sire, todo perdido! Tengo para Vuestra Majestad un escondite seguro, en que no tendrá nada que temer de los republicanos... Les dejaremos con un palmo de narices, y el Orejón se mesará los cabellos... En casa de Rubio hay una piecicita en que no hallarán á Vuestra Majestad ni con todos los sabuesos del mundo...

MAXIMILIANO

(Irritado y mirando á López con desdén.)

¿Qué dice este hombre? ¿Por quién me ha tomado? ¿Cree acaso que el Emperador es un ladronzuelo vulgar para que se le aprehenda dentro de un ropero ó debajo de una cama? ¡Un Hapsburgo no retrocede ante el peligro!

LÓPEZ

¡Sire, dejaos conducir, ó estáis perdido! Os aprehenden, y sin remisión os fusilan...

MAXIMILIANO

Pero qué, ¿no sabéis lo que significa tener en las venas sangre de Hapsburgo? Mi casa ya era conocida en Europa en el siglo VII, y en ella no se ha oído hablar sino de ilustres ejemplos y de altas virtudes... ¿Quién no sabe lo que hizo Carlos V, al encontrarse sitiado en Inspruck por las fuerzas de su pariente, el rebelado Elector Mauricio? ¿Quién no recuerda lo que exclamó mi gloriosa abuela, María Teresa, vencida por el gran Federico? Para casos como éste viene como anillo al dedo lo que decía mi vehemente y romántica predecesora doña Juana, llamada la Loca por sus celos extremados, á la sazón que se desencadenaba una tempestad que amenazaba sumergir su barco: «No se sabe de un rey, emperador ó grande de la tierra que haya muerto en una tempestad de mar»...

LÓPEZ

Mas sí se sabe, Sire, de reyes y emperadores que hayan caído prisioneros.

MAXIMILIANO

Ya lo creo, no más que cuando caen prisioneros los reyes es en poder de los hombres de mi casa... Carlos V...



LÓPEZ

Sire, por Dios, dejaos conducir, dejad que os lleve á donde no seáis la víctima del rencor de los republicanos...

MAXIMILIANO

Ya se cuidarían mucho los señores republicanos de poner la mano en persona de mi estirpe... Dejadme, que yo sé lo que me he de hacer...

LÓPEZ

Sire, ved que os lo suplico de rodillas...

(Le toma las manos y se las besa con transporte.)

MAXIMILIANO

(Incomodado.)

Dejadme, señor López; dejadme, coronel...

LÓPEZ

Montad siquiera á caballo; aquí está vuestro caballo pinto, que tanto os satisface...

MAXIMILIANO

Yo marcharé como marchen los amigos que me siguen, no de otro modo. Si montan el general Castillo, el doctor Basch y vos mismo, me comprometo á montar también...

LÓPEZ

Hágase como lo desea Vuestra Majestad.

MAXIMILIANO

No han de tardar mis fieles húsares...

(Se encaminan al cerro de las Campanas paso á paso y seguidos de los criados de Maximiliano y de dos soldados de caballería que marchan á la zaga del minúsculo cortejo. El general Castillo, desfallecido, se rehusa á continuar; Maximiliano y Salm le toman cada uno de un brazo y así consiguen subirle al cerro de las Campanas. Al trepar á lo alto de la eminencia miran el horizonte iluminado ya por la luz del sol que aparece triunfante y glorioso, esparciendo vida y alegría por todas partes. Maximiliano se reanima; no puede creer que en día tan bello se pueda verter sangre ni estar triste, y piensa, por el contrario, que todo tiene que salir bien. Espera que lleguen sus tropas; pero sólo consigue ver algo que le acibara el gusto y le quita mucho de su optimismo: aparecen sucesivamente batallones y regimientos que hacen detonar sus uniformes de variados colores al conjuro de aquel sol que dora las serranías inmediatas, platea la mies apretada de las bayonetas, pone notas coruscantes en los cañones y hace parecer polvo de rubís el que levantan los caballos de los regimientos y los pies de los



infantes que se dirigen á estrechar el cerco de la loma; Maximiliano, enamorado primero de la hermosura del espectáculo, tras de contemplarle largamente con su catalejo, pasa éste al general Mejía y le suplica diga si se puede pasar. Empiezan á llegar balas de rifle y cañón. ya se distinguen uniformes, color de caballos, rostros y sombreros.)

MAXIMILIANO

(Al doctor Basch, al ver encendida una luz en la tienda del general Gayón, jefe del punto:)

Quemad esos papeles que estuve dictándoos en nuestras últimas entrevistas...

PRADILLO

Yo lo haré, Sire, quizás se trate de algunos secretos de Estado.

MAXIMILIANO

Sí tal; son las variaciones que cuento introducir en el ceremonial de la Corte, á fin de simplificar todos los servicios y de hacer más cómodo el ejercicio de la servidumbre palatina... Ved, general Mejía, si se puede pasar.

(Mejía sigue con el antejo los movimientos del enemigo, que cerca el pequeño refugio de los imperialistas.)

MAXIMILIANO

Parece un cinto de acero... ¿Se podrá pasar, general Mejía?

PRADILLO

Sire, allí se distinguen fuerzas de Sinaloa... Detrás vienen los del primer regimiento de Jalisco; les siguen los rifleros de Nuevo León; á la derecha están los cazadores de Galeana; más lejos se miran los de la guardia de los Supremos Poderes; á la derecha percibo un general con Su Estado Mayor; debe de ser Corona...

MAXIMILIANO

¿Podremos pasar, general Mejía?

MEJÍA

(Quitándose el antejo de la cara.)

Sire, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena, iremos á la muerte; bien sabe el Emperador que no ha sido mi flaco sentir miedo frente á un fusil.

(Unos cuantos soldados, que no pueden llamarse batallón, regimiento, ni nada que lo parezca, disparan sin cesar sus armas contra los republicanos, más por hacer un bello alarde de incontrastable adhesión al monarca, que por creer que puede su heroica locura dañar á los enemigos. En la base del cerro se encuentra un cuerpo imperialista que parece deseoso de entrar en fuego; Maximiliano llama al teniente coronel Ormaechea y le ordena que disponga al coronel del batallón que se le presente.)